

—¡Perdón—gritó entre sollozos—perdón, perdón, lo pido por Dios, por la Virgen Santísima! por..... No pudo continuar, la emoción sofocó su voz, mas sus labios que se agitaban mudos, besaban una y muchas veces aquella mano de la moribunda, y sus ojos la bañaban con lágrimas ardientes, abrasadoras lágrimas en que iba envuelta toda su alma destrozada, todo su corazón arrepentido!

Berta no cesaba de sonreír, y como si hubiera esperado á esta hora y ya no hubiera nada que pudiera retener su vuelo; de pronto se incorporó en su lecho, sus ojos se fijaron con expresión extática en el espacio. Vio á los ángeles que venían á su encuentro con coronas de rosas y azucenas..... Por tercera vez oyó la voz de Dios que la llamaba:

—¡Hija mía, hija mía!

—¡Al cielo—exclamó—al cielo! y dejó caer hacia atrás la cabeza murmurando: “¡Oh, cuán dichosa soy!”

Después sus ojos se cerraron..... Aquel alma se elevó á las alturas.

¡Los ángeles vuelven tan pronto al cielo!

P. VÍCTOR VAN TRICHT, S. J.

ORACION FAMILIAR

DE CLAUSURA DE ESTUDIOS

Como Rector del Colegio, y en nombre del Claustro que tengo el honor de presidir, declaro cerrados los estudios del presente año escolar.

Y conformándome con nuestras veneradas tradiciones, que son parte integrante de nuestro derecho, voy á repartir los premios que he otorgado, después de oír los informes de los superiores y catedráticos, á los alumnos que en Dios y en mi conciencia, los han sabido merecer.

El sistema de recompensar á todos ó casi todos los educandos, reconociendo en cada uno la prenda que lo adorne; práctica excelente para los Colegios menores donde el niño necesita recibir constante é inmediato y palpable estímulo, no tiene cabida en claustros como éste, compuestos de jóvenes que mañana no más saldrán al mundo á la lucha tremenda donde ha de quedar triunfante el deber, cumplido sin retribución inmediata, y á veces á costa del sacrificio de los más caros intereses.

Al testimonio de honor que como jueces les tributan sus superiores, ha de unirse en breve el que, como testigos, les discernirán los catedráticos en los exámenes que principiarán mañana.

No tienen por qué sonrojarse los que en esta sesión no reciban premio alguno; el hecho de estar en el Colegio del Rosario es prueba de su buen porte, de su voluntad de estudiar; porque no es ésta una máquina movida por impulso extrínseco y que puede contener elementos extraños que turben el andar de las ruedas; sino que es organismo vivo que rechaza y elimina todo lo ajeno á su naturaleza. Ved aquí por qué el simple título de hijo del Colegio ha sido y es timbre de honor para quienquiera que lo lleve.

El premio aquí no consiste en objetos más ó menos valiosos que mañana nada significan, y unos días después desaparecen; sino en el homenaje de aprecio y de estima que rinde el maestro al discípulo; y se lo rinde en público, y de ello queda constancia en nuestros archivos, y en la REVISTA DEL COLEGIO, que va á todos los ámbitos de la Nación, y perdurará por años y por siglos en las bibliotecas de los eruditos y bibliófilos.

Mas no reside en esto lo principal de vuestra recompensa: más que la estimación ajena vale la propia, cuando el orgullo no la empaña ni la empequeñece la vanidad; más que los aplausos es el testimonio de la conciencia que dice al joven: Has cumplido tu deber, ganaste el tiempo,

has correspondido á las esperanzas y sacrificios de tus padres, y Dios está contento de tu conducta.

Y, con tan hermosos pensamientos, vais á trocar dentro de breves días el vestido ciudadano por los arreos de viaje, emprenderéis camino de horas, ó de días, ó acaso de semanas enteras, hasta que, á vueltas del recodo del camino, ó desde la colina que señorea vuestra tierra nativa, alcancéis á columbrar la blanca torre de la iglesia, los techos de las casas en medio de los grupos de árboles, los conocidos prados y labranzas, el arroyo que os saluda desde lejos con el murmurar de sus aguas; entre las habitaciones alcanzáis á divisar la vuestra y veis subir la columna de humo azulado que os dice que allí sois esperados con ansia. Llegáis por fin, y os reciben los brazos del padre amantísimo y sentís en vuestra frente el bendito contacto de los labios maternales.

Dos meses ó más, en seguida, de absoluto descanso, de mimos y caricias de los propios, de parabienes y simpatías de los extraños; después la vuelta al Claustro en posición más honorífica, á seguir estudios nuevos y atractivos; en perspectiva el fin de la carrera, la ansiada borla de doctor; ruido en el mundo, honores y fama merecidos, una fortuna honradamente conseguida, una nueva familia, vejez tranquila rodeada de respeto y endulzada por el amor de los vuestros, por la gratitud de los que habéis colmado de beneficios.

Y á los maestros, ¿quién nos da nuestro premio?

La mayor parte de entre vosotros dura en los claustros cuando más cuatro años; los que concluyen carrera profesional, ocho ó diez. Entre nosotros unos llevan quince, otros veinte, treinta años de enseñanza; alguno ha cumplido el medio siglo. Delante de los ojos no tenemos más perspectiva que seguir en la misma tarea hasta que le pongan punto la decrepitud ó la muerte.

Compartimos vuestras fatigas, obedecemos la voz de la campana, vivimos sujetos al estudio del que enseña, más

duró que el estudio del que aprende; cansamos la mente para ponernos al nivel de las inteligencias infantiles, y los órganos de la voz para instruírlas, y, junto con todo eso, tenemos los cuidados, las zozobras, las amarguras que van trazando cada año un nuevo surco en nuestros rostros y regándonos un puñado de nieve en la cabeza.

Cuando, dentro de unos días, alcéis todos el vuelo, como avecillas á quienes se abre la jaula, nosotros, sujetos á otros deberes, nos quedamos aquí prisioneros. Por las tardes, en los corredores anchísimos y desiertos retumban fúnebremente los pasos; el viento zumba y se queja en los salones abiertos y vacíos, y las golondrinas que vienen por centenares cuando los estudiantes se van, vuelan y gorjean hasta que principia el crepúsculo, y entonces se posan en los robustos barandales del claustro superior, esconden las cabecitas bajo el ala, cierran los ojos y se duermen para esperar la aurora siguiente.

Son las mismas que hicieron hace un año sus nidos bajo los aleros y en los entresuelos del edificio; al fin del año próximo volverán al hueco familiar; pero la mayor parte de vosotros, compañeros, amigos y discípulos nuestros, no retornará á este nido del alma. Algunos seguirán viviendo, con el espíritu, en comunión con el vetusto instituto, con los viejos profesores, con las memorias de la edad de oro de la vida; otros lo olvidarán todo: claustro que los abrigó y los hizo buenos é instruídos, rector que sufrió tanto por ellos, capilla donde oraron, camaradas que les endulzaban el estudio, imagen de María que los arropó con su manto.

Nuestro premio no son riquezas que despreciamos y que siempre fueron esquivas con los maestros de escuela, ni honores que hemos renunciado, ni ocio que nos enervaría el espíritu, ni tranquilidad imposible en quien gobierna.

¿Cuál es, entonces, nuestro premio?

Tal y tan grande que excede, y en mucho, á todos nuestros esfuerzos, á todos nuestros dolores y sacrificios.

La ciencia moderna, después de investigaciones de tres siglos, ha venido á descubrir una teoría, proclamada por Santo Tomás cuatro centurias antes: la unidad de las fuerzas del universo físico. Según ella gravitación, calor, luz, magnetismo, son diversas manifestaciones de un solo principio. Puede ser que, en otro medio siglo, la ciencia descubra la otra mitad de la doctrina tomista: la unidad de la materia. Y si no da con esa verdad, peor para la ciencia.

Perdonadme la digresión. Entre otros síntomas de que la vejez se aproxima para mí, advierto el amor que les estoy cobrando á los paréntesis.

Sigamos pues. Hay también unidad de fuerzas en el orden moral. Santidad, heroísmo, trabajo, abnegación, todas son formas diversas de una sola fuerza, de una sola *energeia*, como decían los griegos, y ese principio de vida y movimiento es el amor.

Dadme la inteligencia de Aristóteles ó Leibnitz, el talento infatigable de Newton y Pasteur; la adivinación del descubridor de América; las dotes militares de Alejandro, las visiones de Dante ó de Goethe, sin amor, y por lo mismo sin entusiasmo, sin brío, sin eficacia; y no poseería hoy el mundo las *Categorías* ni el *Cálculo*; acaso estaría ignorado el mundo occidental; no habría penetrado la cultura griega en Oriente; no habría *Divina Comedia* ni *Fausto*.

Así como el principio universal de fuerza, según como obre, produce luz, calor, electricidad, movimiento, así el amor en Platón es sabiduría; en Laplace, ciencia; en Aníbal, heroísmo; en Bolívar, libertad; en Luis de León, en Ticiano, belleza. Y en los Apóstoles, los mártires, los confesores, las vírgenes, amor es santidad. Y del propio modo que el fuego calienta y abrasa, la luz ilumina y ciega, sostiene y derrumba la gravedad, y es la electricidad rayo que mata, y telégrafo y fonógrafo y teléfono que hacen fácil y agradable la vida: así el amor es santidad y crimen; opresión y libertad, atraso y adelanto, felicidad y desgra-

cia. Todo depende del modo de regular esa fuerza irresistible, del bueno ó perverso fin á que se encamine.

Amor á la riqueza es economía ó avaricia; amor á los honores es estímulo ó ambición; amor al placer es honesto descanso ó disolución vergonzosa. Pero hay un amor que á todos los modera y dirige y santifica: el amor á Dios, que se llama por excelencia *caridad*.

Se traduce, según el mandato de Cristo, en dilección al hombre, al *prójimo*, según la profunda expresión cristiana, sin distinción de bueno ni malo, amigo ni enemigo, griego ni bárbaro, ni escita. Pero en el amor hay un orden: *Ordinavit in me caritatem*. Primero los unidos con el vínculo de la sangre, los amigos, los bienhechores. De aquí nace la caridad para con el suelo patrio: *caritas patrii soli*, que decían los romanos. ¡Cómo no!, si la patria es la cuna de nuestros mayores, el lugar de nuestro nacimiento, las memorias arrobadoras de la niñez, las glorias de nuestros héroes, la santidad de nuestros padres en la fe; el claustro donde aprendimos, el *home* de nuestra alma, el cementerio donde duermen los nuestros, el teatro de nuestros combates y victorias.

El maestro cristiano, mayormente si es sacerdote, vive dominado por tres amores: Dios, las almas, la República.

Llega al Colegio un niño, un joven. El maestro lo ve por vez primera, le cuesta trabajo recordar la fisonomía y el nombre, no le ha tratado aún, y ya le ama; y tanto que por educarlo, por hacerle el bien, por endulzarle los enojos de la vida estudiantil, sacrifica tiempo, salud, reposo, honores, la vida misma. ¡Gozo como verlo crecer juntamente en edad, en conocimientos, en virtudes; observar cómo va dejando la nativa broza, limando los ángulos y aristas del carácter; darle un día el diploma de maestro, y presenciar después sus primeros triunfos, los loores que los extraños le tributan; leer en tipos de imprenta sus escritos, bendecirle la unión con la mujer amada en la capilla del Colegio!

Si el alumno es agradecido, tiene el maestro un privilegio que sólo á él se concede: el de adquirir amigos, pero amigos de veras, en la edad madura. Si el discípulo tiene mala memoria para los beneficios, ¡oh! mucho mejor, por cierto lado. Soy cimientó, dice el maestro, del suntuoso edificio que todos alaban; perdí la mano izquierda en Lepanto, peleando como soldado raso; lo hice por Dios, y El lo sabe; por el colegial, y él lo está aprovechando; por la Patria, y ella va á salir gananciosa con hijo tan brillante. ¿Os parece poca recompensa? Tengo corazón de madre. Cornelia olvidó que era hija de Escipión, por pensar que era madre de los Gracos.

Está el hombre de tal modo creado para la inmortalidad, que anhela por conseguirla aun aquí en este mundo. El cristiano, el filósofo se ríe de la que consiste en perdurar en la memoria de los hombres. Si el alma está en el cielo, embriagada de gloria infinita; ¿qué le importa la de este planeta, menor que un grano de mostaza entre la inmensidad de los astros, que son todos juntos como grano de arena delante de la grandeza de Dios á quien el alma posee total, perpetua y simultáneamente, según la magnífica frase de Boecio? ¿Y, por el contrario, si hubiera perdido su alma?..... *Cruciantur ubi sunt: laudantur ubi non sunt*.

¡Ni qué fama póstuma resultará á un rector, á un catedrático, cuyo modesto nombre tiene que ahogarse entre la multitud de grandes hombres, de insignes sabios que han vivido y enseñado en estos claustros!

Mas hay otro modo de vivir en la tierra á que puede y debe aspirar el cristiano humilde, por pequeño é ignorante que sea. Pensad que un pobre maestro, agricultor de almas, logre al cabo de años de trabajo conseguir un solo grano de trigo, y eso no producido en el campo estéril de su mente, sino robado de ajena troje; que siembre esa semillita en el terreno fértil de un discípulo talentoso y de brios, la riegue con cariño y buenos consejos, y la haga rico

producir el diez por uno. Muerto ya el preceptor y olvidado, aquellos diez granos, sembrados con más arte, darán el veinte; á la segunda cosecha, el cincuenta; el ciento á la tercera. Y después el trigo sobreabundará, y se henchirán hasta el tope los graneros del padre de familias. Y el pobre maestro de mente obtusa y escasas letras vivirá en la multitud ingente de varones buenos y sabios que levantarán a República á las cumbres. ¡Nadie lo sabrá! ¿Eso qué importa? ¿Dejáis vosotros de vivir porque vuestra existencia sea ignorada en la Cochinchina ó la Corea?

Mas hay un premio al maestro de buena voluntad, superior á los anteriores, tanto cuanto excede lo eterno á lo temporal, lo infinito á lo finito. Tenemos confianza en que Dios nos perdonará las infidelidades cometidas en nuestra mayordomía, porque es bueno, y compasivo con el pecador. Y en el cielo hay una gloria especial para los que enseñaron la verdad, predicaron el bien. *Los que instruyen á muchos en la justicia, dice la Escritura, brillarán como estrellas en perpetuas eternidades.*

Os prometo, con la ayuda de Dios, cumplir el deber hasta el fin de la vida; haced vosotros lo mismo, y el porvenir es nuestro.

R. M. CARRASQUILLA

Octubre 31 de 1906

ANOCHECIENDO

(POESÍA QUE DEDICO CON TODO RESPETO AL SR. DR. RAFAEL MARRÍA CARRASQUILLA, MI MAESTRO Y PROTECTOR)

*Et jam summa procul villarum culmina fumant.
Majoresque cadunt altis de montibus umbræ.*

VIRGILIO

El sol desde el Ocaso

Su débil fulgor lanza; más azules

Se ven ahora los opuestos montes,

Y á recibir la Noche, en albos tules

Se envuelven los distantes horizontes.